

POSICIONES

Círculo Cívico de Opinión
Septiembre de 2016

ELECCIONES PRESIDENCIALES USA, 2016: ENTRE EL VÉRTIGO Y LA RESIGNACIÓN

A mediados de 2015, cuando comenzaban a saberse los nombres de los aspirantes a recibir del Partido Republicano de los Estados Unidos la nominación para aspirar a la presidencia del país en las elecciones de 2016, un conocido columnista del *Washington Post*, Dana Millbank, prometió comerse físicamente el papel en que estaba impreso el artículo en el que vaticinaba que Donald J. Trump nunca llegaría a alcanzar esa designación si su profecía no llegaba a materializarse. En mayo de 2016, cumplió con su promesa y deglutió públicamente la página en la que se encontraba la equivocada predicción.

La irresistible ascensión de Donald Trump

No ha sido Millbank el único o el

más caracterizado, aunque haya sido quizás uno de los más visibles en hacerlo, de los que en el país estimaban que la candidatura de Trump era, en el mejor de los casos, otro de los reclamos publicitarios a los que tan acostumbrada tiene a la sociedad americana el multimillonario neoyorkino. En el peor, una mala broma que pronto desaparecería en el horizonte de la sensatez y el buen gusto. En el mes de mayo de 2016, sin embargo, Trump había logrado deshacerse de los dieciséis candidatos que con él habían compartido inicialmente el podio de los aspirantes en la carrera presidencial para perfilarse como el nombrado por el Partido Republicano para concurrir a las elecciones presidenciales. Entre los descartados, se encontraban figuras tan conocidas en las filas republicanas como Chris Christie, el Gobernador de New Jersey, o Mike

Huckabee, el que fuera Gobernador de Oklahoma, o Rick Perry, que lo fuera de Texas, o los senadores Marco Rubio de Florida y Ted Cruz de Texas, o el Gobernador de Ohio, John Kasich, o la que había llegado a ser Consejera Delegada de Hewlett Packard, Carly Fiorina, o el prestigioso neurocirujano Ben Carson. Y, sobre todo, se había desembarazado tempranamente del candidato que parecía contar en principio con todas las posibilidades y, ciertamente, la mayor parte de las bendiciones del “establishment” republicano: Jeb Bush, que fuera Gobernador de Florida, hijo y hermano de presidentes y, según todos los presagios, el más indicado para disputar con éxito la presidencia a la que se estimaba que sería la candidata demócrata, Hillary Clinton, ella misma esposa de presidente. Donald J. Trump, que no venía de ningún lugar políticamente identificable, había conseguido ocupar el trono que los notables otorgaban al más joven de los Bush y, con ello, impedir que las elecciones presidenciales de 2016 fueran las que contemplaran la pelea dinástica entre los Clinton y los Bush.

Las consecuencias del huracán se habrían de sentir también en otras orillas. Joe Biden, el Vicepresidente de los Estados Unidos con Barack Obama, que en más de una ocasión había ya sido candidato demócrata a la Casa Blanca y que no lo había descartado del todo para esta ocasión, anunció en hora tardía su renuncia a hacerlo alegando razones familiares, pero sobre todo, sin decirlo, optando por no dividir el voto demócrata hacia Hillary Clinton, dada la imprevisibilidad del fenómeno electoral

que encarnaba el multimillonario. Y Mike Bloomberg, el bien recordado alcalde de Nueva York durante varios mandatos, que había repartido sus alineamientos partidistas entre los republicanos y los independientes sin quedar nunca muy lejos de los demócratas, y al que muchos atribuían intenciones de concurrir a las elecciones al frente de un tercer partido, decidió abandonar tal pretensión ante el temor de que su apuesta restara votos a la candidatura de Clinton e indirectamente favoreciera la de un Trump crecido. A principios de 2016, era ya evidente que, con independencia de sus últimos resultados en las primarias republicanas, Trump estaba produciendo un terremoto en la vida política americana. Los términos de referencia por los que cabía recordar las elecciones presidenciales en los últimos setenta años se estaban viendo alterados por los comportamientos y las propuestas de un “outsider” sin experiencia política ni clara adscripción partidista que, sin embargo, y ante el espanto interior y la sorpresa exterior, estaba a punto de convertirse en la cabeza visible del partido de Lincoln, Eisenhower, Reagan y los Bush.

Quedaba todavía por determinar si un personaje tenido hasta ese momento por harto peculiar y sobradamente estrambótico en sus costumbres y aspecto sería capaz de hacerse con la presidencia de los Estados Unidos. Pero lo que en principio parecía un imposible metafísico –como en otros momentos lo había resultado para el republicano Goldwater o para el demócrata McGovern– para muchos dejaba de estar en el terreno de la irrealidad para situarse en el

brumoso del “wishful thinking”, aquel en el que uno sueña con que sus deseos –en este caso, que Trump no fuera presidente– se conviertan en realidad. Para el republicanismo moderado y centrista, preocupado sobre todo por garantizar la unidad partidista y, con ella, asegurar el éxito en los comicios presidenciales de noviembre de 2016 tras los dos mandatos presidenciales de Barack Obama, la preeminencia del hombre de negocios neoyorkino constituía, y sigue constituyendo, un riesgo letal. Nadie puede asegurar con certeza que su candidatura consiga hacerse con la Casa Blanca. Nadie es capaz de predecir, y muchos de imaginar, la calamidad que ello traería a los Estados Unidos y a la estabilidad global. Y muchos son los que mantienen que, con Casa Blanca o sin ella, Trump ya tiene asegurada una importante víctima: el mismo Partido Republicano.

Dos candidatos defectuosos: Clinton preocupa, Trump horroriza

Sumergidos ya en los últimos sesenta días de la campaña, cuando las convenciones de los dos grandes partidos han confirmado la elección de sus candidatos en Donald Trump por el Republicano y Hillary Clinton por el Demócrata, configurando la que sin duda alguna es una de las contiendas más cruentas peleadas en los USA para obtener la Casa Blanca, cabe adelantar algunas impresiones provisionales.

La primera: las encuestas favorecen la victoria de Clinton, tanto en el cómputo del voto popular como en el

del colegio electoral, a la postre el definitivo, en una elección donde cuentan los resultados individuales de cada uno de los cincuenta estados. La segunda: se trata de una contienda en la que los dos candidatos suman los más bajos datos de popularidad en la memoria de las elecciones presidenciales y en la que ni Trump dejará de ser Trump, ni Clinton la política sobre la que recaen sospechas continuas de deshonestidad. La tercera: quedan todavía por medir los impactos que los debates electorales entre los dos candidatos tendrán en el resultado definitivo y en una dimensión en la que, aun concediendo ventaja a la candidata demócrata, arrojan un nivel de incertidumbre notable. A la postre, es esta una elección marcada por el horror al vacío que Trump produce y por las dudas que Clinton genera. Y en la que, para los que quisieran contar con unos Estados Unidos poderosos, previsibles y democráticos, tal como han llegado a configurarse, con todas sus alternativas, en los últimos decenios, solo cabe la teoría y la práctica del mal menor: Hillary Clinton.

Trump o la negación de los valores americanos

La imparable ascensión de Donald J. Trump a las alturas del republicanismo americano se ha producido con el recurso a los procedimientos menos habituales en las campañas políticas. No suelen distinguirse estas, en ningún lugar del mundo, por la educación o la amabilidad. Pero el candidato republicano ha superado con creces los parámetros conocidos, alardeando de una conspicua falta de

vergüenza –quizás la más evidente y sorprendente de sus armas– para irrumpir con violencia en los terrenos donde la corrección política, la sensibilidad moral o simplemente el buen gusto no suelen aventurarse. Son conocidas sus diatribas antifemeninas, sus insultos a los inmigrantes, sus propuestas para expulsar a once millones de trabajadores ilegales de los Estados Unidos, su deseo de que se prohíba la entrada de ciudadanos musulmanes en el país, sus alardes machistas, sus escarnios contra los discapacitados. Conocida es también la radicalidad programática y paupérrima de la que hace bandera y de la que cabe recordar algunas de las propuestas más llamativas: la inutilidad de la OTAN, la imposición de pesadas cargas arancelarias a las importaciones chinas, el rechazo a los acuerdos internacionales de comercio, la proliferación nuclear en Corea del Sur y Japón, el pago por parte de Méjico de la barrera que sería construida por los Estados Unidos para impedir la entrada de indocumentados o el carácter imprevisible con el que quiere dotar a la política exterior del país.

Todo ello, y mucho más, presentado ante la opinión pública como un ramillete de recetas que no están sujetas a ninguna coordenada ideológica o coherencia interna. En Trump, acabado ejemplo de los populismos que hoy imponen en su ley en buena parte del mundo, prima la actitud sobre el mensaje, el “postureo” sobre la sustancia, la baladronada sobre la reflexión. De manera que, “a la Groucho Marx”, las ideas y las palabras pueden cambiar al ritmo de las diversas circunstancias y, si en un

momento unas no sirven, se sustituyen rápidamente por otras. Lo único permanente del mensaje es precisamente su falta de permanencia, fuera de los latiguillos que conforman la persona pública: que América está mal y que hay que hacerla “grande de nuevo”, y que él, Trump, maestro de la negociación, tiene la solución para todo. No tiene para ello fórmulas concretas y las pocas que ofrece –la de no hacer frente a los pagos de la deuda nacional, por ejemplo– pronto se ven envueltas en la incredulidad, el oprobio o el ridículo. Porque el populismo que predica Trump –y tantos otros como él– no se atiene a la realidad y a las fórmulas para mejorarla, sino a la reclamación de un continuada profesión de fe. Y no deja de sorprender que, hasta ahora, la mayoría de los votantes republicanos que acuden a las elecciones primarias y a los “caucus” organizados para seleccionar el candidato a la presidencia del país haya rezado el credo que el multimillonario les ofrecía y en él hayan depositado su confianza. El hecho de que, en el conjunto del electorado nacional, esa sección de la ciudadanía no represente más del 10 % del censo total de votantes y no incluya necesariamente la mayoría del votante republicano en la elección presidencial, no puede hacer olvidar la magnitud y la, al menos, circunstancial profundidad que el fenómeno Trump ha adquirido en la vida americana. Favorecido como ha estado, además, por una constante e inconsútil atención mediática que, sin costarle un solo dólar, le ha mantenido sin interrupción en el candelero de la opinión pública desde que se abriera el proceso electoral. Y sin pagar ningún

peaje por los insultos, las descalificaciones, los sinsentidos o las simples barbaridades que por su boca han salido durante todo ese tiempo. Trump y su populismo parecen tener la bula que la ciudadanía niega a las opciones partidistas tradicionales.

Desmontar una a una las inconsecuencias, errores o absurdos del programa populista no conduciría a ningún lado, dada la facilidad con que su autor puede corregir el tiro y el carácter relativamente impermeable que una parte de la población americana está mostrando hacia sus vacilaciones. Lo único relativamente discernible y, a lo que parece, mínimamente permanente del programa Trump se reduce a tres o cuatro nociones elementales: el país está mal y yo lo levantaré; olvidémonos de los otros y preocupémonos solo y en primer lugar de América; los demás, que se las arreglen por sí solos; sobran los diferentes. Esa propuesta de un país aislado, que puede recuperar su perdida grandeza solo si sabe levantar barreras políticas y económicas frente a los demás, interesado únicamente en resolver sus propios problemas, tiene indudablemente una clientela: la formada por los que el sistema ha ido orillando desde la primera crisis de la industria manufacturera en los años noventa, a la que en 2008 se añadió el importante núcleo de los afectados por la crisis financiera, y a la que, en momentos varios, se han sumado los sectores a los que el empuje de las energías renovables ha desplazado de las crepusculares minas de carbón o aquellos otros que han visto reducir el empleo por la ubicación de sus empresas en países donde la mano de

obra tenía costes más bajos. En un cuerpo electoral clasificado por el color y el sitio, ese recipiente populista tiene su matiz y su colocación: las poblaciones blancas con niveles inferiores de educación situadas en el interior del país. Es el universo Trump. Como también lo es, en gran parte, por paradójico que parezca, el universo Bernie Sanders, predicador por el momento de un inviable estado de bienestar “a la social democracia europea” que tanto atrae a un cierto segmento de la población joven norteamericana. Universo al que no ha tenido más remedio que conceder alguna pleitesía Hillary Clinton, para no quedarse demasiado atrás en su pelea con el inesperado contrincante que le ha salido en el septuagenario y, sin embargo, combativo senador independiente por Vermont. No cabe negar un peculiar e intuitivo sentido del olfato a Donald J. Trump al identificar en su elemental mensaje los posibles y atentos recipiendarios del mismo. Aunque a él, como al resto de los populistas, poco interesen las sutilezas de los mensajes o de las fórmulas de gobierno. Lo que de verdad les interesa es la consecución del poder. Habilidad para diseñar el camino no le ha faltado. Como testigos quedan los que le han escuchado, seguido y votado. Sin que, a lo que parece, les importara mucho los ribetes cesaristas del protagonista, su incapacidad para el matiz o la reflexión, el carácter pobremente arbitrista de sus propuestas, la arrogancia con que las hacía públicas o la ignorancia elemental que muchas de ellas revelan. En realidad, Trump y los populismos en general no dicen tanto sobre ellos mismos como sobre los seguidores

que logran reunir. Es a ese magnético estadio social al que convendría prestar atención.

Trump y el trumpismo: todos los populismos se parecen

Sería erróneo pensar que los fenómenos populistas, y Trump entre ellos, no vienen de ninguna parte. Como erróneo sería descartar la parte de motivación legítima –la marginalización política, económica y social de determinados sectores de la población– que se encuentra en su mismo origen. La exclusión crea miedo y el atemorizado siente la tentación de recurrir a las llamadas mesiánicas. En los sistemas democráticos y parlamentarios donde surgen ahora esos fenómenos, trátense de los Estados Unidos, de España, de Francia, del Reino Unido, de Polonia, de Holanda y de otros países, el riesgo es evidente: que por acción u omisión de las estructuras políticas preexistentes se facilite la entrada en el sistema de los elementos que tienen como objetivo destruirlo. En el caso de los Estados Unidos, y sin que el análisis pueda ni deba convertirse en un elemento para la acusación, la progresión de Trump hay que buscarla lejanamente en la radicalización progresiva del Partido Republicano, en sus manifestaciones visibles del Tea Party según los modelos de Sarah Palin y Ted Cruz –al que, con justicia, cabe aplicar la descripción de dinamitero– y en la incapacidad manifiesta del republicanismo moderado para hacerles frente. El mensaje neoaislacionista de Trump no está muy lejos del que desde hace ocho años viene practi-

cando Obama o del que en su plataforma electoral ha decidido seguir Bernie Sanders. Y esa múltiple pelea ha conducido a una paralización de las instituciones, a una degradación de las relaciones entre ellas, a una mutua exclusión entre los responsables políticos y, en definitiva, a lo que la mayoría de la población estima que es la terminal lejanía de la clase política ante sus necesidades y urgencias. Es el “gridlock”, la parálisis que tantos denuncian, o el “Washington is broken” que tantos proclaman. Razón no les falta. Y esa es una parte importante del mensaje de Trump, autonombrado salvador de la patria para, entre otros, poner remedio y superar esas rencillas de políticos “antiguos”. Cámbiese el nombre de Trump por el de sus equivalentes europeos y encontraremos una sorprendente similitud de comportamientos y fórmulas. Por más que unos se confiesen discípulos de Lenin y otros, como el mismo Trump, hayan decidido seguirse a sí mismos. No hay más parecido a un populista que otro populista, sean unos de izquierdas y otros de derechas.

La multiplicación de los Trump que en el mundo actualmente son puede ser interpretada como efecto o como causa de la crisis del sistema político nacional e internacional que, basado en la democracia parlamentaria y en la economía de mercado, ha venido rigiendo con éxito los destinos del mundo euroatlántico, e incluso más allá, desde el final de la II Guerra Mundial en 1945. En cualquiera de las dos interpretaciones, es tan urgente como imprescindible que los responsables políticos y sociales del momento abandonen tanto com-

plejos de culpa o tentaciones de escape, como urgencias tácticas o llamadas circunstanciales, para concentrarse en lo esencial: dotar de una nueva fortaleza popular y de una renovada solidez social al sistema democrático y representativo que, sin lugar a dudas, mejor ha llegado a representar en la historia de la humanidad la manera más acabada de respetar los derechos y las libertades de los ciudadanos. Ese sistema se ha fortalecido con la libertad de comercio, con la cooperación internacional, con la creación de amplios espacios sociales supranacionales, con el desarrollo sostenible del estado del bienestar, y no es compatible con las proclamas neonacionalistas, con el levantamiento de nuevas fronteras, con el culto al jefe, con el silenciamiento del discrepante o con la complicidad hacia las dictaduras. No es una casualidad que los populistas europeos coincidan en su rechazo de la Europa integrada, que Trump ponga obstáculos a la integración norteamericana, que los europeos quieran verse reflejados en los espejos de Maduro y Jomeini, y que Trump manifieste su admiración por Vladimir Putin. Como tampoco es una casualidad que unos y otros, a ambos lados del Atlántico, hayan hecho causa común para oponerse al tratado de libre comercio entre los Estados Unidos y la Unión Europea. Proteccionismo, nacionalismo, aislacionismo: los viejos demonios del periodo de entreguerras se han convertido ahora en las piezas seleccionadas por los populismos para sus programas. La historia siempre nos avisa sobre el final de aquella combinación de la infernal trinidad. Nunca es ocioso evocar, como nos enseñara

Jorge Santayana, aquello de que “los pueblos que no recuerdan su historia están condenados a repetirla”.

Hillary Clinton: un camino posible hacia la Casa Blanca

Para que una victoria de Donald J. Trump en la elección presidencial sea posible, tendría que reunir en su favor porcentajes significativos del voto femenino, del voto hispano y del voto afroamericano. Tendría que obtener también al apoyo del 90 por ciento del voto republicano y preferiblemente contar con que algún tropiezo judicial de Hillary Clinton –derivado fundamentalmente de la utilización de un servidor electrónico privado para enviar y recibir correo oficial y confidencial, o de las supuestas corrientes de favor creadas entre la Secretaria de Estado, cuando la ocupaba Hillary, y la Fundación Clinton, que con éxito innegable preside su marido– facilitara su aspiración. No parece sencillo que puedan producirse simultáneamente todas esas circunstancias. Aunque la que fuera Secretaria de Estado diste mucho de contar con una generalizada popularidad, sigue reteniendo a su favor cuotas de “positividad” que contrastan favorablemente con las de “negatividad” que recibe el populista republicano; y, aunque en el fragor de la batalla tienda a olvidarse el dato, entre otras razones por la longitud no siempre feliz de su presencia en la vida pública, Hillary Clinton en el Despacho Oval marcaría un dato histórico: la primera mujer que llega a ser Presidente de los Estados Unidos. Sería también necesario que el millonario neoyorkino se prestara a mode-

rar sus salidas de tono, a concretar sus propuestas programáticas, a rodearse de asesores que, por trayectoria y conocimiento, doten de respetabilidad a su figura y a sus proclamaciones. Sería necesario, en definitiva, que fuera visto como “presidenciable” por una mayoría significativa del país. En todo ello está empeñado el aparato institucional del Partido Republicano, abocado ante lo irremediable a procurar que las notas más disonantes del candidato sean sometidas a cuidadoso tratamiento de maquillaje, tanto para dar viabilidad a su mensaje como para no empeorar definitivamente las posibilidades del llamado GOP (“Great Old Party”) ante el resultado final y moderar, en caso de que este sea negativo, el impacto sobre las filas de una formación ya dividida y desconcertada. La interrogación se refiere tanto a la improbable victoria como a las previsibles y catastróficas consecuencias de la derrota. Y no es tarea fácil ni agradecida. Trump ha cosechado en un año la victoria parcial que le ha deparado su estilo populista y vulgar, y no ve ninguna razón convincente para abandonar, en medio del trayecto, el procedimiento que tantos réditos ya le ha deparado. Y que augura, como ya se está comprobando, una campaña electoral contra Hillary Clinton repleta de descalificaciones e insultos, y ayuna en lo fundamental de propuesta y programa. Nada que pueda hablar a favor de la actividad política y de aquellos que a ella se dedican.

Una parte significativa y probablemente mayoritaria de la sociedad americana contempla con profunda aprensión la posibilidad de que

Trump llegue a ocupar la Casa Blanca y sitúa la contención de sus temores en el hecho, por demás innegable, de que el país tiene en la división de poderes, con el Congreso y el Tribunal Supremo, poderosas vías para mantener y eventualmente corregir los excesos del Ejecutivo. No deja de constituir una verdad tan cierta como piadosa: los poderes que la Constitución americana deposita en la figura del presidente constituyen uno de los bloques más contundentes de los conocidos en los sistemas democráticos, y de ello los americanos y el resto de la humanidad han tenido y siguen teniendo cumplida muestra todos los días. El populismo trumpiano, como todos los que se le parecen, tiene una vocación invasiva y autoritaria que, en el mejor de los casos, profundizaría sin remedio en las peleas interinstitucionales y, en el peor, contribuiría a poner gravemente en duda el mismo principio de la división de poderes.

El riesgo terminal del populismo “a la Trump”: un mundo imprevisible

Una posible constelación de populismos transatlánticos, en la que al americano se sumara en el poder o en sus aledaños el español, el británico, el francés, el italiano, el nórdico, el polaco y el húngaro, pondría irremediablemente en duda los esquemas que en los últimos setenta años han hecho posible la instalación de una razonable estabilidad en los comportamientos internos e internacionales del área. Instituciones como la OTAN y la UE, hoy ya puestas en duda por todos ellos, entrarían gravemente en crisis, y la misma calidad de

la democracia en ambos lados del océano, y seguramente en otras áreas del mundo, estaría gravemente amenazada. Pero la enumeración de los evidentes riesgos no puede bastar para conjurarlos si a ello no se suma una voluntad activa y dinámica que abarque desde las instituciones al mismo tejido social y civil.

El populismo no es otra cosa que la excrecencia de la pereza democrática. A la que cabría incluir, en la bien recordada admonición de Marco Antonio, que “la culpa, mi querido Bruto, no está en las estrellas, sino en nosotros mismos”.



Colección CUADERNOS

DOCUMENTO 1

España: ante una encrucijada crítica. Empleo, responsabilidad y austeridad
Diciembre de 2011

DOCUMENTO 2

Empleo juvenil
Febrero de 2012

DOCUMENTO 3

Plan y liderazgo. Lo urgente y lo importante en la política frente a la crisis
Marzo de 2012

DOCUMENTO 4

Regular en tiempos de crisis
Mayo de 2012

DOCUMENTO 5

Por una política presupuestaria más ambiciosa
Junio de 2012

DOCUMENTO 6

Una democracia de calidad: valores cívicos frente a la crisis
Septiembre de 2012

DOCUMENTO 7

Desafección política y sociedad civil
Noviembre de 2012

DOCUMENTO 8

La investigación: una prioridad a prueba
Diciembre de 2012

DOCUMENTO 9

Medidas para la reactivación del sector inmobiliario y la construcción
Mayo de 2013

DOCUMENTO 10

Riesgos de pobreza, ingresos mínimos y servicios sociales
Noviembre/Diciembre de 2013

DOCUMENTO 11

Mercado hipotecario: crisis y reforma
Noviembre de 2013

DOCUMENTO 12

Por una reforma tributaria en profundidad
Febrero de 2014

DOCUMENTO 13

La Formación Profesional ante el desempleo
Octubre de 2014

DOCUMENTO 14

Empresas, función empresarial y legitimidad social de los empresarios
Noviembre de 2014

DOCUMENTO 15

La reforma constitucional y Cataluña
Marzo de 2015

DOCUMENTO 16

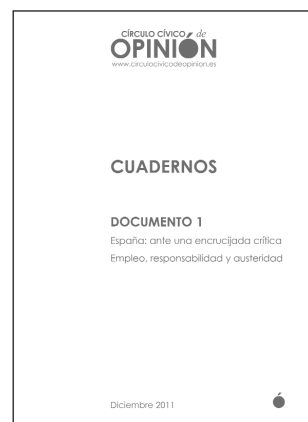
Recuperar para el empleo a los trabajadores menos cualificados
Abril de 2016

DOCUMENTO 17

La transición energética y la Cumbre del Clima de París
Mayo de 2016

DOCUMENTO 18

España y el riesgo del *Brexit*
Junio de 2016



Colección POSICIONES

1. POR UN PACTO DE ESTADO

Octubre de 2012

2. ECONOMÍA ESPAÑOLA: TAREAS PENDIENTES

Noviembre de 2012

3. CORRUPCIÓN POLÍTICA

Febrero de 2013

4. ECONOMÍA ESPAÑOLA: CORREGIR EL AJUSTE PARA INICIAR EL CRECIMIENTO

Mayo de 2013

5. OCHO MIL MILLONES DE EUROS DE AHORRO: LA COMPLEJA REFORMA DE LA ADMINISTRACIÓN LOCAL

Mayo de 2013

6. SUPERAR LA DESAFECCIÓN, RECUPERAR EL APOYO CIUDADANO

Julio de 2013

7. POR UN COMPROMISO NACIONAL DE REGENERACIÓN DEMOCRÁTICA

Octubre de 2013

8. CATALUÑA: A FAVOR DE LA CONCORDIA

Enero de 2014

9. ECONOMÍA ESPAÑOLA: LAS EXIGENCIAS DE UN CRECIMIENTO VIGOROSO

Febrero de 2014

10. ANTE LAS ELECCIONES EUROPEAS

Abril de 2014

11. ESPAÑA, LA APUESTA POR LA RENOVACIÓN ABRIENDO LA PUERTA A LA REFORMA CONSTITUCIONAL

Octubre de 2014

12. ECONOMÍA ESPAÑOLA. EL REALISMO OBLIGADO. LA HORA DE LA POLÍTICA

Enero de 2015

13. POR UNA CULTURA DE PACTO Y COOPERACIÓN POLÍTICA

Mayo de 2015

14. ESPAÑA ANTE EL 27-S

Septiembre de 2015

15. NUEVA LEGISLATURA, NUEVO CICLO POLÍTICO: POR LA REFORMA Y EL PACTO

Noviembre de 2015

16. EL VALOR ECONÓMICO DE LA UNIDAD: CATALUÑA EN ESPAÑA

Diciembre de 2015

17. A FAVOR DE LA POLÍTICA: UN BUEN GOBIERNO ¡YA!

Febrero de 2016

18. EUROPA ANTE LA CRISIS DE ASILO Y REFUGIO: UN LLAMAMIENTO A LA RESPONSABILIDAD SOLIDARIA

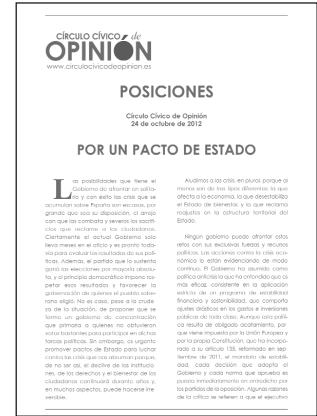
Marzo de 2016

19. HACIA LOS ESTADOS UNIDOS DE EUROPA

Mayo de 2016

20. ANTE EL 26J

Junio de 2016



SOCIOS

Miguel Aguiló
Ingeniero de Caminos

Carlos Balado
Subdirector General
Banco Popular

Fernando Becker
Catedrático de Economía Aplicada

Antonio-Miguel Bernal
Historiador

Victoria Camps
Catedrática de Filosofía Moral y Política

Luis Caramés
Catedrático de Economía Aplicada

Francesc de Carreras
Catedrático de Derecho Constitucional

Adela Cortina
Catedrática de Ética y Filosofía Política

Antonio Cortina
Director Adjunto del Servicio de Estudios
Banco Santander

Álvaro Delgado-Gal
Escritor

Luis Fernández-Galiano
Arquitecto

Juan Pablo Fusi
Historiador

José Luis García Delgado
Catedrático de Economía Aplicada

Jaume Giró
Director General Adjunto
CaixaBank

Josefina Gómez Mendoza
Catedrática de Geografía

Fernando González Urbaneja
Periodista

Rodolfo Gutiérrez
Catedrático de Sociología

Emilio Lamo de Espinosa
Catedrático de Sociología

Cayetano López
Catedrático de Física Teórica

Carlos López Blanco
Director Global de Asuntos Públicos
Telefónica

Alfonso Maldonado
Catedrático de Ingeniería Geológica

Francisco Mangado
Arquitecto

Araceli Mangas Martín
Catedrática de Derecho Internacional Público
y Relaciones Internacionales

Manuel Martín Rodríguez
Catedrático de Economía Política

Antonio Merino
Director de Estudios y Análisis del Entorno
Repsol YPF

Jaime Montalvo Correa
Vicepresidente
Mutua Madrileña

Santiago Muñoz Machado
Catedrático de Derecho Administrativo

Conrado Navarro
Director de Relaciones Institucionales
Iberdrola

Luis Oro
Catedrático de Química Inorgánica

Eva Piera Rojo
Directora de Relaciones Institucionales
BBVA

Josep Piqué
Economista

Javier Rupérez
Embajador de España

José Manuel Sánchez Ron
Catedrático de Historia de la Ciencia

José María Serrano Sanz
Catedrático de Economía Aplicada

José Juan Toharia
Catedrático de Sociología

José Ignacio Torreblanca*
Profesor de Ciencia Política
* Sin participación activa

Fernando Vallespín
Catedrático de Ciencia Política

Ramón Vargas-Machuca
Catedrático de Filosofía Moral y Política

Juan-Miguel Villar Mir
Presidente de OHL

José Ignacio Wert
Sociólogo

Juan Antonio Zufiría
Director General de IBM Global Technology
Services Europa

RAZÓN DE SER

1. Tras una exitosa transición desde la dictadura a una democracia ya plenamente consolidada, y tras varias décadas de no menos exitosos procesos de modernización económica, social y cultural, España aborda el segundo decenio del nuevo siglo con un escenario incierto. Sin negar la existencia de ámbitos en los que se han efectuado avances importantes, lo cierto es que sobre nosotros pende todavía la salida a la grave crisis económica, y se percibe un claro desgaste de la confianza en la clase política y una crisis de gobernanza que, según muchos, está provocando una puesta en cuestión del mismo modelo de Estado y favorece el aumento de una cierta “fatiga civil”. España, que había tenido un gran proyecto nacional unificador, el de la transición, muestra dificultades para reencontrar una visión clara de su interés general por encima de los intereses partidistas y de las prácticas que se arraigan en otros particularismos.

No es sorprendente que, en este contexto, y pocos años después de haber dado por definitivamente resueltos los problemas que atenazaron a regeneracionistas o noventayochistas, broten aquí y allá proyectos de “regeneración” y que incluso se hable de la necesidad de una “segunda transición”: para unos, el modo de superar la primera; para otros, el modo de hacerla finalmente efectiva. Ese ímpetu regenerador pone de manifiesto, en todo caso, que España no ha perdido el pulso y que la sociedad civil se inquieta e incomoda ante el presente, buscando alternativas que nos devuelvan a una senda que se corresponda con un más activo papel internacional y sirvan para generar un nuevo proyecto nacional.

2. El Círculo Cívico de Opinión es un producto más de esa coyuntura de incertidumbre, en tanto que foro de la sociedad civil, abierto, plural e independiente, alejado de los partidos pero no neutro (y menos neutral). Su objetivo es ofrecer un vehículo para que grupos de expertos puedan identificar, analizar y discutir los principales problemas y dilemas de la sociedad española, pero con la finalidad de que esos debates, conclusiones y sugerencias puedan trasladarse a la opinión pública.

Para conseguirlo, el Círculo generará propuestas y sugerencias concretas, que serán sometidas al escrutinio de la opinión pública a través de los medios de comunicación, los clásicos y los nuevos, pues pretende utilizar al máximo las posibilidades abiertas por las nuevas tecnologías de la información, para que su voz pueda ser escuchada y se proyecte hacia afuera. El Círculo parte del convencimiento de que no es bueno que los partidos monopolicen el espacio de la política; ésta debe estar abierta también a otros actores; foros como el Círculo pueden contribuir a ello.

3. El Círculo Cívico de Opinión toma la forma jurídica más simple, la de una asociación, y pretende trabajar con el mínimo posible de financiación y el mínimo posible de burocracia. Fundado por un grupo de ciudadanos preocupados por la marcha de la cosa pública, invita a todos los que puedan estar interesados a sumarse a su esfuerzo, contribuyendo tanto con apoyo económico como –lo que es más importante– con su inteligencia y conocimiento.

CÍRCULO CÍVICO DE OPINIÓN

www.circulocivicodeopinion.es
